TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

DE RE ESTIVAL

CONVERSANDO...

«HABLAR contigo durante una noche es mejor que estudiar libros durante diez años», dijo un viejo sabio chino, luego de grata conversación con un amigo.

Leyendo la sentencia, pensaba el otro día en el triste camino que lleva la conversación en nuestro tiempo. Hoy no se conversa; se habla o, lo que es más frecuente, se grita. Las gentes son cada vez más chatas e iguales y cada vez tienen también muchas menos cosas que decirse. Por eso el hallar una persona que sepa conversar es hoy un verdadero hallazgo, merecedor de ser estimado como la mejor joya. Ya que es posible que el buen «causeur», devorado por nuestra época igualitaria —excepto en el dinero—, supersónica y atroz, sea una especie a extinguir, como lo fueron el diplodocus, la paloma emigrante de Norteamérica, y, aquí por las trazas, en nuestros días el urogallo.

Claro está que la gente seguirá hablando, pero una cosa es hablar y otra muy dsitinta conversar. Por hablar, hablan los loros, incluso a veces con mucha más gracia que las personas. La conversación fue un regalo de la antigua cultura, depurado y refinado, como los buenos licores, a medida que el hombre fue ascendiendo en la escala zoológica, a la que parece, por paradoja, retrotraerse a medida en que asombrosamente va dominando a la naturaleza y a la técnica.

El conversar implica una elemental cultura, «esprit» y humorismo, tan necesario éste, que los norteamericanos aconsajan, ahora, dándose cuenta de su enorme vacío, el abrir escuelas especiales en el país para una educación humorística de su pueblo.

El chino, en cuestión, afirma que las de la noche son las mejores horas para conversar, porque las conversaciones de día sufren cierta falta de brillo. Estimo, sin embargo, que un buen almuerzo —otra de las cosas que se están perdiendo, es el saber comer— en grata compañía y buena amiganza, hace brotar la conversación agradablemente, sobre todo, en la sobremesa. El caso es tener algo que decir; la hora y el lugar no influyen decisivamente. Volviendo un día de caza en la alta montaña lucense, empapado y entre una borrasca deshecha de nieve, el guía campesino que me acompañaba me hizo olvidar todas las desventuras e inclemencias, relatándome casos y sucesos de los indígenas y de la fauna del monte. Aquel hombre era un conversador nato, y si hubiera adquirido alguna cultura, resultaría irreemplazable en cualquier lugar donde el ingenio, no la broma chabacana y fácil, fuese apreciado. ¡En trueque, en cuántas conferencias y actos de «solemne» cultura nos hemos aburrido hasta el bostezo...!

En realidad, la cultura, como Europa, nació peregrinando y conversando. La lucidez del pensamiento griego debe su existencia al arte de la calmosa conversación, como se desprende de los diálogos platónicos.

En el «Banquete», los sabios reclinados en el suelo conversan alegremente, mientras muerden un dorado higo y paladean un vino sutil. Manejaban con ligereza la filosofía, pero no dejaban, por eso, de hacer verdadera filosofía. El mismo Platón, en vez de iniciar su «República» con conceptos pedantes, como haría cualquier académico contemporáneo, dice sencillamente, como si el propio aire del Pireo le dictase: «Bajé ayer al Pireo, con Glauco, el hijo de Aristo, para rendir mis devociones a la diosa y deseoso de observar, a la vez, en qué forma iban a celebrar el festival, pues lo hacían por vez primera».

O bien se burlaban de la resistencia de Sócrates ante el vino, que el gran ateniense bebía sin prisa ni pausa, lo que no le impedía, después de pasar la noche entera aleccionándoles con el regalo profundo de su palabra, dejarlos cuando ya el sueño les vencía e irse al Liceo a tomarse un baño matinal, para luego, frescamente, vagar por la polis, enterándose, como un ciudadano más, de los acontecimientos y chismes de la república.

Los que se pasan hoy la noche bebiendo, al salir a la calle, lo que les apetece, en cambio, es hacer el gamberro del modo más detonante posible.

Unos ponen su afán en coleccionar caballos, otros en poseer perros, a otros les atrae el dinero y los honores. Yo lo que quiero —dijo una vez Sócrates— es tener amigos. Prefiero un amigo a todos los caprichos y todo el dinero del rey Darío.

Y él, que tantas cosas grandes sabía, que sentía la máxima inquietud espiritual, porque «nada debe ser en vano» y «El hombre no puede vivir una vida sin búsqueda», decía a sus discípulos entre sorbo y sorbo de vino de Corinto:

—Yo sé muchas cosas, pero pequeñas...

La conversación, alegre y dilecta, se prolongaba y la Filosofía, con mayúscula, iba creciendo...

José María CASTROVIEJO

LO HABITUAL

LIMITES DE LA DEMANDA

¿MERA cuestión de saciedad?

Hojeando una revista, encuentro dos datos que quizá convenga tener en cuenta. Uno se refiere a la joven «feria de la pornografía» de Copenhague. Han bastado tres años para que prácticamente se la pueda considerar ya en decadencia Empezó con un volumen abrumador de clientes y de simples curiosos —50.000 en los cinco días iniciales de su primera edición, según dicen—, y, esta vez, apenas ha conseguido atraer a cuatro gatos. El otro testimonio pertenece a las declaraciones de un empresario francés: un industrial metido de lleno en las esperanzas del «consumismo». Si hemos de creerle, resulta que la gente comienza a comprar menos, y no por falta de medios ni porque la publicidad deje de tentarla, sino por algo que podríamos llamar «desinterés»... Son síntomas que merecen reflexión.

Y repito: ¿saciedad?

Desde luego, tenemos que descartar la idea de que se haya producido o llegue a producirse un tipo cualquiera de «marcha atrás». No. Los daneses y sus turistas no se han vuelto «puritanos» de la noche a la mañana. Ni tampoco ocurre que el ciudadano medio del área «opulenta» tienda a adherirse al neoascetismo de los «hippies» o de los revolucionarios adolescentes. Hasta ahora, que yo sepa, nadie ha observado grandes cambios, en estos sentidos. La Europa libertina y próspera —y pido perdón por la manera de señalar— no parece que manifieste, de momento, ninguna intención seria de corregir las premisas de su vida material. Si existe algún cambio, no es precisamente a nivel «ético». En todo caso, más bien a nivel «psicológico». De ahí mi alusión a la «saciedad». Supongo que los expertos en economía estarán en condiciones de explicar el fenómeno en términos satisfactorios. Yo soy lego en la materia. ¿Todavía es lícito, por ejemplo, hablar de «motivaciones psicológicas de la demanda», como se hacía en los viejos textos escolares? En última instancia, por este lado habría que ver el asunto, o su fondo.

Sólo que, a mi entender, no se trata de «saciedad». La palabra no acaba de ser convincente. Por supuesto, había mucha «hambre atrasada»: siglos y siglos de indigencia, de privación, de vetos. Era un «hambre» compleja, que incluía los alimentos, las comodidades, el ocio, los placeres, la misma cultura. Y es lógico que, cuando la tecnología y sus aplicaciones comerciales han facilitado una mínima oportunidad de «consumo», el vecindario se haya entusiasmado con la perspectiva de «resarcirse». De pronto, o casi de pronto, la «demanda» adquirió un énfasis aparatoso. Los catones de turno pusieron el grito en el cielo. Contra la pornografía y contra el abuso de los electrodomésticos, y contra todo lo que se presentase. Pero las muchedumbres iban a la suya, en la medida en que podían. Procuraban recuperar el tiempo perdido, incluso. Es decir: propendían al exceso. En la hipótesis de que fuera «exceso», o lo sea, ha de reconocerse que resulta tremendamente comprensible. Y no valen los trucos de reargüir con aquello de las «necesidades artificiales» creadas alevosamente por la manipulación publicitaria del Ogro. El Ogro, naturalmente, no se chupa el dedo, y quiere hacer sus negocios, y los hace: todos estamos al cabo de la calle acerca del particular. Pero el Ogro no ha inventado aún ninguna «necesidad» nueva. Se ha limitado a explotar las inmensas, inagotables «necesidades» sofocadas, tácitas, subconscientes. De hecho, y hoy por hoy, hasta el más banal y aparentemente suplerfluo artículo que saca a la venta, responde a alguna «necesidad» verdadera y —¡ay!— antiquísima. Olvidar la profunda y patética «hambre» que la humanidad arrastra sería condenarnos a no entender nada de nada. En los países donde la «opulencia» todavía está en mantillas, la efervescencia «consumista» adquiere aspectos tiernamente grotescos: entre nosotros, sin ir más lejos. ¿Podría ser de otro modo?

Pero sigamos con referencias sólidas: Dinamarca, Francia. ¿«Saciedad»? No me dejaré llevar por la sugestión explícita del vocablo. Es demasiado ambiguo; además, demasiado «fisiológico». Dejémoslo de lado, pues. Pensemos en otra instancia: la «habitualidad», pongo por caso. Cuando el acceso a determinadas opciones es «habitualmente» posible, se abre un nuevo horizonte: a la «necesidad» se sustituye la «elección». Quiero decir: la «necesidad» está cubierta, y se puede «elegir» la manera de cubrirla, en el detalle. Lo cual significa que, a la larga, se introduce en el juego la noción de «libertad». ¿Para qué una «feria de la pornografía», cuando Copenhague cuenta con suficientes «sex shops» bien provistos? El «sex shop», habitualizado, pierde, por otra parte, su aire escandaloso, y los peatones pasan ante sus escaparates con la semiindiferencia que suele animarles ante el escaparate de una tienda de comestibles. Frente a las ofertas capciosas del «spot» televisivo, del gran cartel callejero, del anuncio en todas sus formas, el individuo «comprador» ha de acabar por ejercer su sentido crítico: escogerá lo que le importa de veras, y mirará lo demás con una natural y acorazada impavidez. Sin envidia. O sin deseo.

No hará falta añadir que esa situación aún es remota. Es remota en grado superlativo para quienes permanecemos en el esfuerzo de superar las rutinas visigóticas y el mecanismo paleoindustrial: paciencia. Pero también lo es en las mismas zonas superdesarrolladas. Lo que he designado con la expresión proverbial de «hambre atrasada» constituye un hecho confuso, complicado, nada fácil de liquidar. Por muchos chismes confortables que se lancen al mercado, por muchos recursos de nutrición o de higiene que se brinden a bajo precio, por mucha tolerancia que se vaya intercalando en las costumbres, por muchos libros de bolsillo que se editen, los déficits ancestrales tardarán en compensarse. Las iras «anticonsumistas» podrán ejercerse con alegre y virtuosa seguridad durante unos cuantos lustros más. Porque el «hambre atrasada» provocará crispadas afluencias de «consumidores» a los establecimientos donde se expendan cosas «necesarias». Quizá se caiga en el «exceso». Pero así ha de ser. Y, si hay suerte, con los años, todo funcionará mejor. Lo de Copenhague y lo del fabricante francés sólo son tímidos amagos de lo que un día u otro tendrá que ocurrir, y ocurrir a gran escala. Lo verá quien lo vea.

Joan FUSTER

PIERDA DE 5 A 10 KG. EN UNA NUEVA DIETA CON POMELOS

HOLLYWOOD, CALIFORNIA (Especial). — Esta es la revolucionaria dieta basada en pomelos, de la cual se está hablando en todo el mundo. Miles de copias se han pasado de mano en mano en fábricas, almacenes y oficinas a través de EE. UU. y Canadá.

Esta dieta funciona de verdad. Tenemos testimonios verídicos que nos hablan de rotundos éxitos. Si Ud. la sigue exactamente, puede perder de 5 a 10 kg. en 10 días sin tomar pastillas ni fármacos. Probablemente no encontrará pérdida de peso en los primeros cuatro días, pero en el quinto día puede disminuir más de 2 kg. de peso. Por lo tanto durante los primeros diez días Ud. habrá perdido una media de más de 500 gr. diarios, y a partir del décimo día puede perder una media de 700 gr. diarios hasta llegar a su peso ideal. Lo mejor de todo es que durante esta dieta no se pasa hambre. Esta dieta, que está revisada y puesta al día, le permitirá comer con normalidad y podrá incluir en su menú la «Comida Prohibida», incluyendo: patatas fritas, pollo guisado, salsas, langosta en mantequilla, tocino, grasas, salchichas, y huevos revueltos.

El secreto de esta rápida pérdida de peso es sencillo. Ud. come los alimentos «permitidos» que están en su planificación de dieta de pomelo «R», y perderá grasa y líquidos acumulados en exceso por el cuerpo.

Una copia de esta sorprendente y eficaz dieta, incluyendo los menús sugeridos por nuestros expertos, pueden obtenerla enviando 200 ptas. a «Apolo Diet-Plan», INSTITUTO Apolo, Balmes, 200. BARCELONA. Imprima su nombre y dirección con claridad.

Se le garantiza la devolución de su dinero. Si Ud. no ha perdido un mínimo de 5 kg. en 10 días en que siga al pie de la letra nuestro plan diabético «R», le devolveremos su dinero.

Decídase ahora a recuperar la figura esbelta y elegante de su juventud.

¿TERMITAS? ¿CARCOMAS?

Tratamiento garantizado

ZELTIA AGRARIA, S. A.

Rosellón, 453. Barcelona. Tels. 236-62-78 y 235-23-78

FINANZAUTO

CATERPILLAR

STA. PERPETUA DE MOGUDA (Barcelona)
Teléfs. 319281 2-16-62-66

NUEVOS PRECIOS

Compruebe esta verdadera reducción de precios en nuestras Palas Cargadoras de cadenas.

Modelo 951 (Cucharón: 1'15 m3) : 1.937.720.- pts.

Modelo 941 (Cucharón: 1'08 m3) : 1.656.600.- pts.

8 % MENOS

SOLER

ENVASADORA Y PESADORA CON MANDO ELECTRONICO

Para el Envasado y Pesado de toda clase de productos granulados y molturados.
Funcionamiento automático y alta sensibilidad.
Fuerza graduada hasta 61 Kgs. Patentada.

ARCAS Y BASCULAS SOLER, S.A.
Rambla Cataluña, 10 - Tels. 221 48 81 - 242 24 03

EXCEPCIONAL VIAJE

A

POLONIA

Salida 1.º agosto

Avión, pensión completa, visitas. Excursiones ciudades más importantes

13.950 Ptas.

Informes e inscripciones

VIAJES POLITUR, S. A.

Calle Capellans, núm. 2

Tels. 222-47-80 y 231-35-29